

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 52
Argentina Fin De Siglo

Article 39

2000

Retórica erótica

Liliana Lukin

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Lukin, Liliana (Otoño-Primavera 2000) "Retórica erótica," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 52, Article 39.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss52/39>

This Creación: Poesía is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Retórica erótica

En su regazo él le sostiene el pie como
si fuera un niño, la cabeza pequeña
de ese manso animal yace en sus manos
que repasan bordes, relieves, líneas tersas.
Ella ata en su tobillo varias pulseras y
esa frontera hacia la fuga del cuerpo
que permanece lejos, es donde sus dedos
ensayan más delicias:
violan la ley de gravedad.
Pero en su forma de dar la espalda es que
él siente la invitación a subir hacia el tesoro.
Ella da la espalda como da la vida;
a conciencia, y esa disposición
produce en él sorpresa y
complicidad. Actúa como si fuera él
quien se viera venir, quien fuera a ser
abrazado. Al girar, después de ser
ungida, su tocado caerá, ellos tascando
el aire para morderse. Preferirán dejarlo caer.

Desmayada frente a su propia turbación,
el cuerpo como una joya más del traje, y
de su soporte duplicado, ausente la cabeza.
Piensa: sólo donde no hay vestido hay
memoria del hombre que la completara.
Ella deja todo cuando estaba cuando estaba
él en ella. La curva admite lo que aún es
otro, lo que quema y quema, lo que atesora
para materia del sueño. Ella yace

entera aún. Y murmurando,
su cuerpo no perdona. De lo no pronunciado
ella construye su pesar, su escritura,
su noche de diálogo y estremecimientos.
Él no está para esta escena; confusamente
ella lo ve, todo; él no está.
Y ella indefectiblemente, piensa.
Parece que durmiera.

Se acomoda
como si fuera
ella la que va
a contemplarse.
En esa creación de sí misma
es más ella para él que cuando duerme.
La mano conque protege su zona débil a
la ternura vuelve de la mejilla oculta.
Piensa en sentir como piensa en actuar:
dando a su pensamiento el poder.
Al verla espera que él tenga un vahído,
que verla haga de su contención, de su entereza,
desequilibrio y desazón.
Está a la espera de ese pronunciamiento:
cada una de sus partes concentrada
en la corva, el cauce para escurrir un
resto de figura y hacerse penetrar.
Cuando eso suceda, él recuperará su
centro, habrá tomado la entrega como
quien recibe, y habrá dado todo, tanto
al mirar como al entrar.
En el círculo de las sábanas el juego es profundo
y sin final visible.

Mirar absolutamente todo lo posible es
producto del miedo, por eso ella protege
un fragmento; atenuar el miedo de quien
mira es su objetivo. Si el antifaz no
estuviera, también ella tendría miedo,
en cambio así vestida sólo sostiene
la zozobra del que espera.
Sabén que están poseídos, y ella lo ve
acercarse lento, porque la curiosidad

tiene que ver con la pena, dice.

Él pondrá todo en otro lugar, el pelo será recogido, desordenado, el antifaz bordeará otros ojos, él actuará.

Pero sus ojos, a menos que se cierren, sienten. Y la sonrisa, sí, la esbozada, allí, para siempre, también habla.

Él oye, mira y guarda, en silencio.

La noche provoca su mirada de elitro.

La noche ya no es el lugar, entonces, si levanta los brazos y su corola se expande, no deja de extrañar lo oscuro, donde esas gasas, como libélulas, caen en la profundidad del arco de los párpados.

Lo que luce, sus pechos, lo que vibra, es el lado visible de una naturaleza que está ante sus ojos.

Cuando llora, después de sus ojos, ella hace de su necesidad el verdadero motivo del bordado.

Da placer, recibe, y algo falta.

Lo que a él excita, mueve, lo que inquieta su ánimo, ya temeroso, son las lágrimas.

Cuerpo de agua, ella navega entre la emoción de él y su propia marca.

Las sombras de los dos se tocan y él se inquietará más cuando las sombras dejan de tocarse.

Ella no puede menos, no puede dejar de alzar los brazos, los párpados, la lenta comisura de la boca, las piernas con su ajorca que abren y cierran.

Ella no puede menos, y sin embargo espera algo a cambio ¿Ella ofrece a cambio de qué?

Las propiedades del objeto, lo ajeno, lo nuevo, lo otro, esparcen un perfume, al entrar en contacto con su cuerpo, que embriaga la idea de sí, produce

combustión en sus conceptos, alimenta
su risa.

Él sentirá la provocación, sus recuerdos
más secretos al aire, admirará el
dibujo deseará tocar, quitar, lamer.

Él sabe que se trata de una fiesta
en su honor, en el honor de ella, que todo
dura un instante, que ella insiste
como si la alegría lo pudiera alcanzar.

Ella padece de imaginación,
y cuando cese en su empeño,
cada accesorio recuperará

su estado natural: restos de un banquete.

Él, que ha reído con ella, tendrá nostalgia.

Y a pesar de estar aún allí, se sumergirá,
en el silencio de quien recuerda.

Las propiedades del objeto, el perfume,
la magia en ella, el trabajo que fue
armar la escena, todo, si lo supo ver,
estará ya olvidado.

Sola

tristeza permanece.